

















La filosofía griega ha nacido cuando ha empezado a buscar el principio de unidad de todo lo que existe. En los comienzos se pensaba en un principio material (el agua, el aire, los átomos), después en las leyes naturales expresadas con los números (Pitágoras), para terminar entendiendo que las ideas son más importantes que la materia (platonismo). Pero ¿cómo reunir las ideas cuando se ve tanta contradicción entre los sistemas ideológicos? Hacia el comienzo de nuestra era, casi todos los sistemas filosóficos estaban de acuerdo en que el principio de unidad del universo hay que buscarlo sólo en Dios.

Esta constatación es, según Clemente de Alejandría, una gran contribución de la historia pagana a la preparación del mensaje del evangelio. De aquí se llega a la afirmación optimista de que Platón fue para los paganos el Moisés que hablaba en griego.

Pero este irenismo —el «ecumenismo» de Clemente— suscita algunas dudas. ¿Cómo es este Dios de los filósofos? Lo describe un texto de Séneca, que resulta un tanto desconcertante: a Júpiter «le convienen todos los nombres. ¿Quieres llamarlo Destino? No te engañas... ¿Quieres llamarlo Providencia? Tienes razón... ¿Quieres llamarlo Naturaleza? No estás en el error... ¿Quieres llamarlo Mundo? No te equivocas: él es ese Todo que ves, que penetra en cada una de sus partes y que se sostiene a sí mismo y sostiene todo lo que le pertenece».

El primer artículo del Credo cristiano se formula precisamente contra ese Dios filosófico: «Creo en un solo Dios Padre omnipotente». Así se unen las palabras en el canto de las misas orientales. Por eso se dice con agudeza que el canto gregoriano falsificó el Credo con la pausa después del «Creo en un solo Dios» (*Credo in unum Deum*), haciendo profesión de fe en el *Actus Purus* aristotélico en vez de en el Padre bíblico.

En el siglo II se reforzó la tendencia fatalista, cuando el estoicismo adoptó el fatalismo astral, originario de Caldea. En esa época los Padres tuvieron que defender la Providencia de Dios. Clemente de Alejandría escribió entonces su tratado y los bizantinos siempre han estado interesados en el tema.

Gregorio de Nisa escribió un *Tratado contra la fatalidad*, en el que la discusión se desarrolla de manera casi escolástica. Lo más perfecto es causa de lo menos perfecto. El orden de las estrellas es más armonioso que la vida humana, por lo que esta última depende del movimiento de los astros. Así argumenta el fatalista. Gregorio responde admitiendo la primera tesis pero negando la segunda. El hombre, como imagen de Dios, es mucho más perfecto que las estrellas: son éstas las que deben obedecer al hombre y no viceversa.

No se trata de una simple y pura discusión escolástica. El pensamiento de los Padres supone realmente una revolución copernicana. El hombre, el microcosmos, no es una repercusión del macrocosmos. sino que es él quien dirige el universo, junto con Dios Padre, con el que está en continuo diálogo. La Providencia significa que Dios es libre, y por eso es también libre el hombre, puesto que es imagen de Dios.

Los pensadores rusos recientes añaden a esta verdad una reflexión típica suya. Insisten en que el hombre es imagen de Dios no tanto por estar dotado de naturaleza humana como por ser persona. La naturaleza humana es esclava de las leyes naturales y, por tanto, está condicionada por la necesidad. La persona, en cambio, es irrepetible y esencialmente libre. Surge entonces la pregunta: ¿cómo nace la persona? La respuesta es invariable: por relaciones libres con las otras personas. Esto se realiza tanto en la vida interior de la Santísima Trinidad como entre los hombres.

Pero el hombre como tal entra, por medio de Jesús, en libre relación con Dios y en esta relación llega a ser imagen de Dios. Por tanto, esa imagen nace y crece en la oración. El hombre se hace «orante», partícipe del diálogo eterno entre las tres Personas dentro de la Santísima Trinidad.

Algunos predicadores de ejercicios, cuando hablan de la verdad de la creación, proponen la meditación poco más o menos así. Has sido creado de la nada. Por tanto, todo lo que tienes es un don libre de Dios; debes devolverlo y no abusar de nada, no considerar nada como tuyo. La reflexión no está descaminada, pero se inspira en el concepto natural de «fabricación» de un objeto.









































































































































